

EL PEDAZO DE PAN

ALLÁBASE de temporada el duque de Hardimont en una población de Saboya, cuando después de almorzar leyó en un periódico la noticia del desastre de Riechshoffen.

Apuró su copa de chartreuse, dió orden á su ayuda de cámara de que arreglara el equipaje, y á las dos horas tomó el expreso de Paris para ir á alistarse en un regimiento de línea.

El duque, al saber que sus compatriotas habían perdido una batalla en territorio francés, sintió subírsele la sangre al rostro y experimentó la horrible impresión de una bofetada.

A esto se debe que á principios de noviembre, de regreso en Paris con su regimiento, Enrique Hardimont, fusilero de la *tercera del segundo*, estuviese de guardia con su compañía ante un improvisado reducto, protegido por el cañón del fuerte de Bicétre.

Los soldados habían establecido su albergue en una taberna abandonada y medio destruida por el fuego enemigo.

A la puerta de aquel miserable refugio hallábase el duque, de pie con su chasapot cruzado á la espalda, su kepi sobre los ojos y las manos en los bolsillos de su pantalón rojo.

Entregábase á los tristes ensueños del soldado de la derrota, cuando de pronto sintió hambre.

Hincó en tierra la rodilla y sacó de una bolsa que tenía á su lado un pedazo de pan de munición, que empezó á comer con gran lentitud.

Pero después de algunos bocados se dió por satisfecho, porque el pan era duro y tenía el gusto amargo.

El duque recordaba los buenos tiempos del Café Inglés, y como no podía acostumbrarse á aquel alimento, arrojó al fango el trozo de pan que le quedaba.

En aquel mismo instante salió del cuerpo de guardia un soldado, el cual se bajó al suelo, recojió el pedazo, se alejó algunos pasos, limpió el pan con su manga y se puso á devorarlo con avidez.

Enrique de Hardimont se avergonzó de su accion y tuvo lástima de aquel pobre diablo que demostraba tener tan buen apetito.

—¿Tienes hambre, compañero? le dijo acercándose al soldado.

—¡Ya lo ves! contestó éste con la boca llena.

—Si lo hubiese sabido no habría tirado el pan.

—No importa; ya estoy acostumbrado á estas cosas.

—Sea como quiera, lo siento y como no desco que me tengan en mal concepto, vamos á beber juntos un trago de cognac.

—El soldado había concluido de comer su pan y el duque y él apuraron el resto de un frasco del citado licor.

—Y ¿como te llamas? preguntó el infeliz pária.

—Hardimont, contestó el duque, suprimiendo su título y su partícula. ¿Y tú?

—Juan Víctor. Acabo de ingresar en la compañía procedente de la ambulancia y aquí donde me ves he tenido hambre toda la vida.

El duque miró á su compañero con espanto y éste, como si sospechara que se esperaba de él una confidencia, dijo, cesando bruscamente de tutear á su camarada y adivinando sin duda en él un hombre rico y afortunado:

—Demos un paseo por el camino para calentarnos los pies, y le diré á usted algo que quizás no ha oído en su vida.

Me llamó Juan Víctor, Juan Víctor á secas porque soy espósito y mi único recuerdo venturoso se refiere al tiempo que pasé en el hospicio de donde salí á los 12 años.

Entré luego de aprendiz en casa de un restaurador, de sillas de énea, cuya mujer, que era en extremo avara, me mataba de hambre. Allí pasé tres años dedicándome después á otros oficios, en los que tampoco logré ganarme la vida. Por eso no debe sorprenderle á usted que haya recojido del lodo el pan que usted no ha querido. A los 18 años senté plaza, y bien sabe usted lo poco que hoy come el soldado. Por consiguiente, ya ve usted con cuánta razon le decía que he tenido hambre toda mi vida.

El duque era hombre de buen corazón y al escuchar aquella queja terrible, proferida por un soldado á quien el uniforme convertía en su igual, se sintió profundamente conmovido y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—Juan Víctor, dijo cesando á su vez de tutear al espósito por un instinto de delicadeza, si sobrevivimos á la guerra nos volveremos á ver, y espero serle útil. Desde mañana dispondrá Ud. de la mayor parte de mi ración.

Los dos soldados se estrecharon la mano con efusión, y se internaron en el cuerpo de guardia, donde yacían sobre un montón de paja doce hombres.

Acostáronse los dos, uno al lado del otro, y, rendidos de fatiga, se durmieron profundamente.

A media noche despertóse Juan Víctor, acosado, sin duda por el hambre. El viento había barrido las nubes, y un rayo de luna que penetraba por un agujero del techo, iluminaba la rubia y distinguida cabeza del joven duque, dormido como un Endimión.

Enternecido aún por la bondad de su compañero, contemplábase Juan Víctor con cándida admiración, cuando el sargento de guardia abrió la puerta y llamó á los cinco hombres que debían relevar á los centinelas avanzados.

El duque figura entre ellos; pero no se despertó al ser pronunciado su nombre.

—¡Vamos, arriba Hardimont! repitió el sargento.

—Si usted quiere, dijo entonces Juan Víctor, levantándose, yo ocuparé su puesto. ¡Duerme tan bien y me da tanta lástima despertarle!

—Lo mismo me da.

Y después de haber salido los cinco hombres, reanudáronse los ronquidos.

Pero al cabo de media hora, estallaron repetidos disparos en mitad de la noche.

Todo el mundo se puso en pie y los soldados salieron de la taberna arma al brazo.

—¿Qué hora es?— preguntó el duque— ¿No estaba yo de guardia esta noche?

—Sí, contestó uno de los camaradas; Juan Víctor ha ocupado tu puesto.

En aquel momento se vió un soldado que llegaba á toda prisa.

—¿Qué ocurre?— le preguntaron al detenerse.

—Un ataque de los prusianos. Repleguémonos en el reducto.

—¿Y los compañeros?

—Ahí vienen todos, menos el pobre Juan Víctor.

—¡Cómo!— exclamó el duque.

—Ha muerto de un balazo en la cabeza sin proferir una sola palabra.

Una noche del pasado invierno, á eso de las dos de la madrugada, el duque de Hardimont salía del Círculo con su vecino el conde de Soulnes, después de haber perdido algunos centenares de luises.

—Si quieres, Andrés, dijo á su compañero, nos iremos á pie, porque tengo necesidad de tomar aire.

—Como gustes, por más que las calles están intransitables.

Al llegar á la Magdalena, el duque hizo rodar un objeto que había chocado con la punta de su bota. Era un pedazo de pan lleno de barro.

Entonces vió con gran sorpresa el conde de Soulnes al duque de Hardimont recoger el trozo de

pan, limpiarlo cuidadosamente con su blasonado pañuelo y colocarlo en un banco del boulevard, á la luz del gas.

—Pero qué estas haciendo?— dijo el conde lanzando una carcajada. Te has vuelto loco?

—Hago esto en recuerdo de un pobre que murió por mí, contestó el duque con temblorosa voz. ¡No te rías, Andrés, no te rías, si quieres evitarme un gran disgusto!

FRANCIS COPÉE.

Odio y Amor.

Cuentan que el pulpo en la estación del cielo, Del hondo mar bajo el cristal movable, Brota una lumbré blanca como el hielo; Y es que el amor, emanación del ciclo, Hace hermoso hasta el monstruo más horrible.

Y cuentan que Luzbel, querub eterno, Brota llamas siniestras, ergullosas, De su semblante mustio y espantoso; Y es porque el odio, aborto del infierno, Hace horrible hasta el angel más hermoso,

No odies! Amad! porque el amor encumbra, Y el odio vil, si como el opio embriaga, El corazón y el alma apesadumbra: Este, la luz de la ventura apaga, Y aquél los antros del dolor alumbral!

JULIO FLOREZ.

LA NUEVA PRENSA

El problema económico

Ferrocarril al Pacífico.

(Continúa)

Vamos á alterar el orden de nuestros pobres párrafos: en ellos, y ya al final, tratábase del célebre contrato con los señores Casement y Lynn y era una de las cuerdas de que tirábamos para cerrar el "atarralla" y sacarla del agua para que el público viese bien de donde vienen las ruinas y crisis. De otra parte no queríamos aparecer discutiendo con la comparsa Ministerial, dispuesta á no decir verdad nunca; pero nos animamos á terciar, adelantando los párrafos indicados, en atención á que "La Prensa Libre," aunque contesta victoriosamente al Padre Bobos y comparsa, no quiere, digamos, hablar en plata, sea por respetos humanos que no deben tenerse en esas cuestiones, sea porque no conociendo á fondo el asunto, juzga prudente no tocarlo en lo hondo.

El órgano Ministerial con una frescura de lechuga y una seriedad de estatua como diría el simpático "Heraldo" quiere demostrar que la falta de licitación para el contrato de ferrocarril al Pacífico obedeció á razones poderosas: á que fué una ley y mandato expreso del congre-

so y á que no habían en el país capitales que pudieran llevar á cabo la obra.

La sonrisa despreciativa aparece en los labios de todo hombre de honor é inteligente al leer esa afirmación.

¿Quién ignora que el ferrocarril no se hace sino con dinero costarricense en su totalidad?

Contrató el Gobierno la obra sin un precio netamente determinado sino susceptible de prolongarse como la hebra de burrucha que cuelga del árbol de hule y de la cual se tira por un cabo...

El contratista subcontrató las obras, dígalo sinó la casa "Kenefick & Shaffer" Americana y la "Castro, Canton & C." Costarricense.

Ahora bien: el contratista del ferrocarril recibe un tanto por cada metro cúbico de tierra, cascajo ó roca que remueva para hacer un corte y recibe también un tanto por cada metro cúbico de tierra, cascajo ó roca que deposite para formar un terraplén. Se tiene pues un mismo metro cúbico removido y dos valores para la remoción.

El subcontratista cobra un tanto por quitar un metro cúbico de un corte y "La Empresa" le hace el favor de darle lugar para que lo deposite en el primer terraplén, y así el metro cúbico de material removido, sobre ser pagado con una suma mucho menor que la que paga el País, es pagado una vez.

En la Mampostería sucede algo parecido en lo que á diferencia de precio por metro cúbico se refiere, entre lo pagado por el País al contratista y lo que este paga al subcontratista. Añádase á esto la otra hebra de burrucha que se llama "introducción sin derechos de Aduana," que ella sola bastaría para que el País se ahorrara lo que queda á deber en Bonos á los contratistas *constrictores*.

Aun queda algo que añadir: los muchos empleados pagados por el País, que allí hacen trabajos más útiles á los contratistas que á quien los paga.

Atemos, pues, todos estos cabos y venga quien quiera á decirnos si no podía construirse el ferrocarril con capitales del país, ó de cual-